

JEAN-LOUIS CHRÉTIEN

**LO INOLVIDABLE
Y LO INESPERADO**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2002

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujeron Javier Teira y Roberto Ranz
sobre el original francés *L'inoubliable et l'inespéré*

© Desclée de Brouwer, Paris 1991

© Ediciones Sígueme S.A., 2002

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1475-0

Depósito legal: ¿¿¿¿????

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. Lo inmemorial y la reminiscencia	13
2. La reserva del olvido	55
3. Lo inolvidable	97
4. Lo repentino y lo inesperado	119
<i>Retrospección</i>	141

PREFACIO

Esta segunda edición deja intacto el cuerpo del libro, pero lo hace preceder de un prefacio que atempera lo que el comienzo pudiera tener de abrupto, y lo cierra con una retrospectiva que trata de aclarar el proyecto general del que participa.

Versa este libro acerca de una meditación sobre la *pérdida*, concentrándose sobre esa forma esencial de la pérdida que es el olvido. Una meditación sobre la pérdida no es necesariamente doliente ni lastimera: puede ser gozosa y fortificante. ¿Qué es aquello a lo que no es preciso decir adiós, en efecto, que no es preciso perder para que se dé la «partida en la afección y el ruido nuevos», como dice el Rimbaud de las *Iluminaciones*? Pero, ¿es que una pérdida es verdaderamente pérdida cuando ponderamos y conocemos exactamente aquello que por su causa hemos perdido; cuando, separándonos de ello por completo, lo retenemos en la memoria; cuando el acto de perder constituye un acto soberano? No hay pérdida, ni siquiera decidida por nosotros, sin un desgajamiento que no podría ser plenamente nuestro, ni transparente para nosotros mismos.

En todos los órdenes de la existencia, sólo una pérdida puede separarnos del origen, de los diversos sentidos que el origen puede tener para nosotros y, por ende, hacer que seamos distintos de él y, en consecuencia, que podamos devenir en verdad nosotros mismos. No puede encontrarse y, en primer lugar, no puede buscarse, ni tiene por qué buscarse, nadie que no haya perdido algo en su ser mismo, nadie que no se haya perdido incluso. ¿Cómo existir sin falla? Y sin vacío, ¿cómo caminar? Aun teniendo esta cuestión numerosas prolongaciones metafísicas, cada uno puede

captar con simplicidad el alcance de las mismas pensando en su nacimiento y primera infancia, en un pasado que a un tiempo es nuestro y permanece irremediabilmente perdido, cerrado a cualquier rememoración, algo que san Agustín fue el primero en meditar. El comienzo de nuestra historia sólo puede ser contado por los otros y desde el exterior: lo que funda nuestra memoria se encuentra cerrado para siempre y prohibido para la memoria, a menos que esta divague y diga extravagancias, pretendiendo ser más que humana. Hemos comenzado por la pérdida y el olvido.

Sin embargo, ciertamente no sólo se trata de la mera forma de lo *inmemorial*, aun cuando se trate de la más fácil de aprehender para cada uno. Desde Merleau-Ponty hasta Levinas y otros muchos, la cuestión de un pasado que nunca fue presente es capital en la fenomenología contemporánea, así como lo había sido para Schelling. Lo es aquí igualmente, y tal vez el título no indicaba suficientemente que la mayor parte del libro está consagrada al olvido y a sus diversas formas. Pues ¿cómo pensar con rigor lo inolvidable, si es que hay tal cosa, sin pensar primero el olvido? El primer capítulo muestra que esta cuestión, de cariz paradójico, de un *olvido originario* ha sido planteada desde la aurora de la filosofía, desde su perpetua aurora, con Platón. Un estudio atento del pensamiento platónico de la reminiscencia y de sus interpretaciones, o malinterpretaciones, al hilo del tiempo, muestra que este olvido primero constituye su núcleo irreductible. Pero este olvido es un olvido que funda y que envía, un olvido que abre la temporalidad propiamente humana, la de la búsqueda de la verdad y de sí mismo. Hubiéramos podido seguir otras vías, como la teológica, de Dios siempre ya ahí para nosotros, incluso cuando nosotros no somos para él, o también la psicológica, de un duelo originario; pero mostrar que una cuestión es platónica es mostrar su pertenencia esencial a la filosofía. Su nexa con el orden del conocimiento es por otra parte capital.

El segundo capítulo da expresión a una sorpresa y a una interrogación: el examen de las doctrinas filosóficas del olvido, por muy diversas que sean y aunque revelen orientaciones contradic-

torias, manifiesta que el olvido radical, el olvido como pérdida verdadera, tiene para la mayor parte de las corrientes de pensamiento algo de intolerable. O bien se afirma que no hay olvido definitivo, que todo puede ser con derecho reencontrado y que lo será de una manera o de otra, o bien se ve en el olvido un ayudante de la memoria y se afirma que el olvido de lo inesencial está al servicio de la memoria de lo esencial y asegura su firmeza. Esta denegación de la pérdida, de la posibilidad misma de la pérdida, es digna de consideración. Va de consuno con el hecho de que lo inolvidable no sea un concepto filosófico mayor, pues, si todo es inolvidable, o si todo lo que importa lo es por mor de eso mismo, ya no tiene nada de específico y en el fondo resulta obvio. Al contrario, con el cristianismo se afirma un pensamiento gozoso y afirmativo de la pérdida, una pérdida que abre el futuro. La meditación sobre el pasado inmemorial y sobre lo que está siempre ya, y sin vuelta atrás, perdido no comporta ninguna nostalgia: es el zócalo de un pensamiento de ese futuro que no está, como el de Leibniz, inscrito ya en el presente.

Despejado así el horizonte, los dos últimos capítulos pueden encarar los dos términos que dan título al libro, así como su articulación. Todavía es menester precisar su alcance y su envergadura, mayores que los que les concede el lenguaje corriente. Por inolvidable no se entiende aquí un acontecimiento puntual que escape, no se sabe en virtud de qué privilegio de derecho divino, a la posibilidad misma del olvido: la experiencia muestra, por lo demás, que los hombres no cesan de olvidar y de recubrir aquello que han llamado inolvidable en tal sentido. Por inesperado no se entiende un acontecimiento puntual que, sin haber sido aguardado, ni siquiera creído posible, nos hubiera sacado de un peligro mayor o de una situación sin salida. Lo inesperado un día no es lo inesperado desde siempre, y a medida que se aleja de nosotros en el tiempo, y que el curso de nuestra existencia se construye sobre ello como sobre una suerte de soporte, dejamos de verlo en su luz propia, e incluso llegamos a veces a explicar retrospectivamente su posibilidad o su probabilidad. Estos dos términos tienen aquí

un carácter dimensional: mientan más bien aquello a partir de lo cual dichos acontecimientos pueden dárseos. En este sentido, el concepto que podría reunirlos es el de lo *incesante*: aquello que no cesa de venir a nosotros, hacia nosotros, ora desde el pasado (lo inolvidable), ora desde el futuro (lo inesperado).

El presente proporciona un lugar a la venida de estos dos movimientos, y como a su resaca hasta nuestra misma carne. Y sólo así es como lo inolvidable puede permanecer inolvidable y lo inesperado, inesperado. Sólo así pueden herir con su luz cortante tal o cual acontecimiento de nuestra existencia, el cual permanecerá, si damos nuestra palabra, como su garante y testigo. El garante y el testigo, y no el único depositario, pues de otro modo no tendría más que la vanidad estética, evanescente, de un «instante privilegiado» sobre un fondo de banalidad, y, por ende, no teniendo privilegio sino para la banalidad. Y sólo así, aún, pueden lo inolvidable y lo inesperado pertenecer a nuestra existencia cotidiana, bañarla con su aurora, a mil leguas de los encantamientos de lo novelesco, cuya disipación sólo deja más amargor.

Lo *incesante* ha sido pensado aquí en primer lugar en perspectiva bíblica. Los judíos sólo son pueblo de memoria en la medida en que son, y sólo si son, pueblo de esperanza: la esperanza es recuerdo de la promesa, conjuga el futuro con el pasado. Pero la filosofía también se ha dejado alcanzar e inquietar por estas cuestiones en la medida en que, a su modo, se encuentra vuelta, desde Heráclito, hacia lo inesperado.

Un prefacio no es más que la basada de un libro, aquello que le permite deslizarse hacia el agua y hacia lontananza para que comience su travesía. ¡Bienvenidos aquellos que se embarcan por segunda vez¹!

París, noviembre de 1999

1. Este prefacio pertenece a la segunda edición francesa, corregida y aumentada.